

ANALIZAR, INTERROGAR Y PROPONER



ARQ. HUGO STORERO
PRIMER DECANO ELECTO FADU
SUBSECRETARIO DE CULTURA DE LA NACIÓN
EX RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL
PROFESOR TITULAR CÁTEDRA DE ARQUITECTURA II

Concluía el año 1989 con las incertidumbres que impregnan a los momentos de cambios, cuando se producen alteraciones del rumbo de un país. La atmósfera política nacional acumulaba ese año el primer traspaso de gobierno entre presidentes electos, luego de décadas de sucesivas interrupciones institucionales, varias en el marco de cruentos golpes de estado. También el '89 cumplía presagios que no lograba disipar la democracia: aumentaba la desocupación, el rebrote inflacionario se instalaba y el inquietante clima social tenía forma de alentados asaltos a supermercados. Concluía un gobierno que entre sus banderas más axiales defendía la educación y comenzaba el menemismo a desplegar su repertorio amenazante hacia la universidad pública argentina.

La Facultad de Arquitectura de la UNL, nacida por la lucha de los jóvenes con el amparo del gobierno de Alfonsín que le dio cabida en el prestigioso ámbito académico, venía a recomponer varias piezas desarticuladas durante la historia de la "primera universidad hija de la reforma del '18".

Recuperaba un espacio académico disciplinario -la arquitectura, el urbanismo- que la dictadura de Onganía había escindido, al crear la UN de Rosario en el año 1969. (Conjuntamente con la facultad de Formación Docente en Ciencias, en esos días en gestación se generaba un espacio académico, cuya ausencia fue notoria durante décadas.)

Se instalaba en la sociedad de la región una oferta disciplinaria que permitía analizar, interrogar y proponer sobre las grandes cuestiones urbanas pendientes de soluciones.

Pero, lo más significativo fue que la universidad de la democracia recuperada podía nuevamente ejercer con plenitud sus funciones indelegables y, en ejercicio de su autonomía, con los órganos colegiados y en cogobierno, tomar decisiones respecto de las grandes políticas académicas.

Decía que finalizaba el año 1989 y -simultáneamente- concluía el proceso de normalización institucional, los concursos de cátedra, la elección de los representantes por claustros. Un actor principalísimo del difícil tramo fundacional, el primer decano César Carli, había ejercido su rol con indudable maestría. Sus cuatro años de gestión, en instancias de carencias absolutas en lo edilicio y presupuestario, con recursos humanos trabajando al límite por las condicionantes múltiples, con el traspaso masivo y simultáneo de más de 800 alumnos que se incorporaron a todos los tramos de la carrera, no significaron fronteras para que Carli concluyera su gestión con un proceso apropiado a las circunstancias, participativo y transparente. En los últimos días del '89 el Primer Consejo Directivo de la entonces FAU me eligió decano y en tal función, con el equipo de secretarios, me aboqué a la tarea de comenzar la segunda etapa de la facultad.

Los grandes trazos que esbozamos buscaron siempre el consenso y la incorporación de las visiones múltiples de los numerosos actores y las lógicas expectativas que siempre despierta lo nuevo, lo inicial. Entre los objetivos planteados sobresalía la apertura al medio regional, la plena integración a la universidad y a sus debates principales (fundamentalmente las cues-

tiones académicas y presupuestarias, dado el evidente atraso respecto de las facultades históricas), la búsqueda de mejores condiciones para la planta docente, aumento de dedicaciones y completamiento de cátedras. Uno de los espacios vacantes era la generación de conocimiento y atendiendo a ello se implementaron programas tendientes a mejorar las condiciones para la investigación. En tal sentido, a los efectos de agilizar los procedimientos se implementaron programas que abarcaban todo el espectro de la formación académica: becas para estudiantes, condiciones de acceso a la investigación para profesores y graduados. El precarísimo equipamiento educativo y científico y la biblioteca significaban deudas que se debían saldar con urgencia y de esta forma se eligieron caminos racionales para cubrir las demandas. Cuando incorporamos las primeras computadoras y las instalábamos en la “modestísima” sala de informática creímos tocar el cielo. Si bien eran enormes las carencias tal vez la más notoria era la espacial. El edificio del viejo comedor universitario fue llevado al límite de sus posibilidades, colocando losas en lugares en apariencia inviables y habilitando hasta la propia “cámara frigorífica”, ahora en nuevas funciones de laboratorio de cine o aula de ocasión.

Se promovieron nuevos espacios tendientes a la consolidación de los equipos de investigación, tratando de equilibrar su instalación en coincidencia con las áreas que provenían del plan académico fundacional: Diseño, Tecnología, Sociales. Siguiendo este criterio comenzaron a operar los institutos que, en la actualidad, se encuentran plenamente desarrollados.

Para vincularnos al medio se implementaron todos los mecanismos que encontramos a nuestro alcance. Tender puentes de comunicación con la región nos permitió que, con rapidez, obtuviéramos respuestas de articulación con los diversos componentes de los tejidos social, productivo, profesional y de gestión de gobierno. Los convenios se formalizaron para brindar respuestas a los distintos reclamos, pero lo más trascendente fue la construcción de un entramado institucional que representa una sólida estructura de vínculos que son hoy la mayor defensa de la facultad y la garantía de su plena inserción y reconocimiento del medio.

Al expandir la mirada más allá de nuestra geografía percibíamos que era decisivo el contacto con el mundo. La facultad se encontraba encerrada en límites muy estrechos y provocar un contraste con otras lecturas, provenientes de los centros de referencia académica internacionales, resultaba impostergable. En este objetivo se implementaron diversas líneas. Se utilizó la cooperación internacional para la llegada de profesores invitados y la inserción de los nuestros, más estudiantes y graduados en otros ámbitos internacionales, considerados de excelencia. Se generó una red de escala MERCOSUR que involucra a facultades de Arquitectura de Universidades de Chile, Uruguay, Brasil y Argentina. Una década más tarde se debe recordar que la figura de Arquisur comenzó a delinearse en el bar de la vieja facultad, conjuntamente con un lúcido uruguayo, en aquellos años decano de la facultad de Arquitectura de la Universidad de la República, el arquitecto Carlos “Tito” Acuña.

En el mismo espíritu, pero en la escala nacional, se relanzó el

proyecto del Consejo de Decanos de Facultades de Arquitectura y Urbanismo de Universidades Nacionales (el CODFAUN había tenido años atrás su sesión constitutiva en Santa Fe, durante la gestión de César Carli).

Avanzada la gestión se podía apreciar que varios de los objetivos planteados se estaban cumpliendo. En general las cátedras estaban consolidadas, el aumento de puntos docentes obtenidos en el debate del Consejo Superior comenzaba a equilibrar los atrasos en las dedicaciones, los grupos de investigación asomaban con sus propuestas y espacios en pleno desarrollo. En tal oportunidad el Consejo Directivo consideró propicio el momento para expandir la propuesta académica, incorporando otras ofertas en tal contexto se crea la carrera de Diseño Gráfico. La propia facultad iba a cambiar su nombre, más adelante, agregando la “D” de Diseño, entre la “A” de Arquitectura y la “U” de Urbanismo, transformándose en FADU. Cuatro años de la gestión de decano concluyeron coincidentemente con la renovación de autoridades universitarias. Como expresa el estatuto de la UNL los mandatos de rector y decano pueden extenderse a un segundo mandato solamente. En la universidad finalizaba su período el Dr. Juan Carlos Hidalgo, por lo que me postulé para tal rol y realicé, una propuesta académica para los años 1994-1998 que puse a consideración, conjuntamente con el Prof. Mauricio Epelbaun, de los asambleístas. Previo a la constitución de la asamblea electora de autoridades, el Consejo Directivo de la FADU me eligió decano de la facultad y vicedecano al Arq. Rubén Martínez Ledesma, quien me reemplazó cuando asumí el rectorado.

Es inevitable llevar mi recuerdo a la comprensiva actitud de estudiantes, docentes y no docentes que supieron “crear” sus espacios para que el entusiasmo y la convicción suplieran las carencias de los momentos fundacionales. Conmueve aún pensar en el bar, la biblioteca o los pasillos con chicos intentando escuchar, a la distancia, algún teórico dictado por un profesor con sus cuerdas vocales al límite. Creo que en la conciencia de cada uno de los que habitamos esas primeras instalaciones maduraba el proyecto del edificio acorde, del lugar integrando a otras disciplinas y abierto, generoso, a la región.

Tuve el altísimo honor que me confirieran pares, graduados y estudiantes de ser electo decano de una facultad en su período más efervescente, durante el cual la gestión impulsó proyectos de crecimiento institucional y académico y se proyectó categóricamente a la facultad al lugar anhelado: la plena inserción en la Universidad Nacional del Litoral y a la región que la contiene.

Estas líneas desaparejas, escritas sin otro sentido que el evocativo, quieren guardar un lugar de reconocimiento y gratitud para tantos actores, algunos anónimos (estudiantes cuyo nombre mi memoria no retiene, aunque sí son recurrentes sus rostros), graduados que reconocían que su rol trascendía al de la obtención del título, profesores que aportaron al crecimiento, sabiendo que el suyo propio beneficiaba al conjunto, abnegados colaboradores no docentes. En el recuerdo de todos ellos reservo un lugar al cual vuelvo siempre, que es el de los momentos gratos.